18.

LA CONVICCION

(2)

O

LA DELIRANTE.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS.

CON LICENCIA.

En Valencia: Por Miguel Estévan y Cervera, Baxada de San Francisco.
Año 1805.

Se hallará en la Librería de Miguel Domingo, plazuela de la Comunion de San Juan, y en su Parada en el Encante.

PERSONAS.

Don Camilo, esposo de
Abelina, hija de
Doña Tadea.
Don Pablo, ayo de Don Camilo.
El Doctor Bustos, amigo de Don Camilo.
Don Luciano, amigo de Doña Tadea.
Lorenzo, anciano, criado de la casa de Don Camilo.
Paulina, criada de Doña Tadea.
Un Escribano, y Ministros.

ACTO PRIMERO.

El teatro presenta una sala regularmente adornada. En el foro habrá una cómoda, ò papelera, que se pueda abrir y cerrar, y en lo restante de la sala sillas, mesas, sofás, y demás adornos necesarios.

ESCENA PRIMERA.

Don Pablo y el Doctor Bustos.

D. Pablo. POr qué no entra usted, Doctor?

Doctor. Pues qué no se ha levantado?

D. Pablo. No Señor, vistiéndose le dexé; pero qué noche ha pasado tan mala! qué desasosiego!... Sus ojos no se han cerrado hasta cerca de la aurora. Este jóven!...

Doctor. Qué! háblemе usted con la franqueza de que me hace digno el amor que me profesa, y mi mismo corazon. Yo descubro en usted menos tranquilidad que en otros dias.

D. Pablo. Mi alma, ò Doctor mio, empieza à entregarse à la desconfianza, al mirar que seis años de dolor y turbacion han hecho casi insensible el corazon de Camilo à mis súplicas. Su amor y su virtud le impiden el aborrecer à una esposa infeliz y amable, que la seduccion de una ma-

dre cruel arrancó de esos hogares, y con ella los placeres y la paz. Sí; las quimeras del horror, las demandas impertinentes en tribunales deslumbrados, y las visitas de Don Luciano, que halla su interés en inflamar las discordias, lo separan de los brazos de Abelina.

Doctor. Segun he llegado à comprender, Don Luciano es uno de aquellos malignos Proteos, que se disfrazan con facilidad para la virtud, y se prestan gustosos à un crímen. Yo considero, que él sabe deslumbrar à Camilo, y servir à las delinqüentes tramas de Doña Tadea.

D. Pablo. Si el corazon de esa madre cruel se hubiera satisfecho con el intento mas horrible... Si contenta con degradar la naturaleza... Si confundida con la memoria de un crímen... Usted es mi amigo, y yo debo presentar à los ojos de usted el orígen de nuestros males. Despues que el cielo bendixo el amor de Camilo y de Abelina, todo se embellecia à mis ojos, y yo bendecia los afectuosos desvelos con que habia formado el corazon de un ciudadano y un esposo. Yo gozaba de los placeres mas puros en medio de una inocente familia, y al lado de un virtuoso jóven, confiado à mi ternura por su padre en los últimos dias de su exîstencia. Una esposa jóven, hermosa y modesta, y las virtudes

que nacen de una dulce pasion, eran las únicas delicias de mi enamorado Camilo. Criados casi siempre juntos desde niños, el placer de amarse habia crecido con ellos... Ah! y estas trémulas manos que tantas veces han enjugado sus lágrimas, los conduxeron à ese lecho desierto, donde solo reposan la tristeza y el llanto. Nuestra calma fue interumpida al cabo de dos años por esa madre, por esa muger la mas criminal que quiza mira el sol sobre todas las regiones que ilumina. Oh! usted se asombrará al pronunciar mis labios una espantosa verdad. Ella miraba con rivalidad el lecho de su hija, ella abrigaba en sus entrañas el amor mas delinqüente hàcia su yerno, y aquella feroz envidia....

Doctor. Y es posible, Dios mio!

D. Pablo. Confundida por la severidad del virtuoso corazon de Camilo, maquinó los medios de desatar los lazos mas sagrados y eternizar nuestra amargura. Un ayre artificioso de maternal terneza la hizo absoluta en el corazon de su hija; y la corta ausencia de tres dias que hicimos Camilo, Lorenzo y yo, la prestó toda la oportunidad para sus iniquos proyectos. Saqueó esta casa, pervirtió à Abelina, y el escándalo, los pleytos y los males asaltaron estos hogares de paz y de virtud.

Yo no alcanzo los viles artificios con que esta muger cruel llegó à colmar tan horroroso crímen. Abelina estaba mas tiernamente unida à su esposo con el primer fruto de su amor; y este abandono de sus deberes... El desórden de sus ideas... ese imprevisto delirio... esa enfermedad extraña, me hacen sospechar males aun mas terribles que los que han afligido nuestros dias.

Doctor. No haga usted, amigo mio, mas infeliz la suerte de dos esposos con un cruel presentimiento.

D. Pablo. No; mi alma dominando siempre à la misma desgracia, disminuye à los ojos de Camilo el motivo de su llanto y su pesar. En dos ocasiones, que guiado del pundonor y autorizado por las leyes, ha tratado de reünirse con su esposa, yo he notado en Abelina la misma virtud, el mismo amor, aquella inocencia que embelesa, aquel candor que disminuye el sueño de un delito; pero al querer restituirse al pacífico albergue de su deber, ella temblaba, se inmutaba, y parece que su madre con una mano secreta la arrancaba de los brazos de su esposo. Esta humillacion, y esta vergüenza retraen à Camilo de la sociedad, le hacen maldecir su condescendencia, y su sueño y su vigilia son un tormento cruel que no se

dexa moderar, ni por la ternura de mi alma, ni por mis consejos. Hoy se aumenta mas y mas mi angustia y mi desconsuelo. Acaba de enviar una copia de su testamento à su suegra... No pude contenerlo... Ah! La idea horrorosa de un suicidio... O Doctor! su melancolía... su carácter, sus pasiones... todo, todo...

Doctor. Señor D. Pablo, no; él es virtuoso, él le consagra à usted su respeto, y un amor particular nacido de su gratitud, y de las circunstancias que adornan un corazon como el de usted, enriquecido con máxîmas puras, y con una sensibilidad poco vulgar. Pero dónde está? qué hace?

D. Pablo. Acaba de levantarse, segun creo, y no tardará en salir à esta estancia. Medio hemos reñido; pero sabe el cielo si este combate de nuestros corazones nos prepara un triunfo que à todos nos interesa. Y Abelina?

Doctor. Jamás la he visto mas trastornada que hoy. Su arrebatada imaginacion le presentaba à su esposo en brazos de una feliz rival. Su furia, sus zelos y su ardor, la precipitaban à movimientos extraordinarios. Se golpeaba, se heria, se maltrataba. Apenas me ha visto la infeliz, parece que un ángel de consuelo se ha ofrecido à sus ojos. Su furia se ha calmado, y un torrente de lágrimas ha substituido

à su furiosa convulsion. En vano procuraba consolarla; su débil razon no podia ser movida por mis voces. Mientras mi compasion le presentaba con veemencia la idea de su esperanza y su consuelo, ella callaba y lloraba. Fue preciso sujetarla de nuevo, porque volvia à descomponerse. Ay amigo mio! dónde moran esos corazones insensibles y bárbaros? Cielos!... yo me enternezco aun. No puedo verla, no. Su hermosura, sus gracias, su virtud y su infortunio me conmueven, me embarazan, y no puedo menos... Ah! si Camilo la viera...

D.Pablo. Pobrecita! y en manos de crueles! Qué consuelo le resta sobre la tierra? Oh amigo! mi sensible amigo, hagamos el último esfuerzo. Consagremos à la humanidad y à la compasion estas preciosas horas. El cielo dará eloqüencia à nuestras palabras, y acierto à nuestro artificio. Abelina, desgraciada criatura, yo vuelo en tu favor. Tu delirio nace de tu arrepentimiento. Venga usted, que yo instruiré à usted en lo que juzgo oportuno para preparar el corazon de este infeliz esposo.

Doctor. Lorenzo viene.

D.Pablo. Me retiro: entre usted quanto antes. Mi aparente enfado con Camilo quizá nos prepara la satisfaccion mas dulce en obsequio de la oprimida virtud.

ESCENA II.

Lorenzo y el Doctor.

Doctor. Cómo tan pronto de vuelta, Lorenzo?

Lorenzo. No hay remedio; ha sido preciso obedecer, y entregar el testamento à Doña Tadea. Yo queria ver à la Señorita. Ah Señor Doctor, la quiero tanto!... Desde el salon en que me recibió Doña Tadea y el maulon de Don Luciano, yo escuchaba los descompasados gritos que lanzaba en medio de su delirio. Yo, yo la he visto nacer, yo la he estrechado mil veces entre mis brazos, y ahora... Oh Dios mio! yo hubiera querido verla; pero el diantre de la Señora mayor...

Doctor. Tu amo ha abierto la puerta, y creo que viene aquí. Lorenzo, hoy mas que nunca se trata de reünirlo con su esposa... Si acaso te pregunta...

Lorenzo. Gran Dios! y es verdad? Déxelo usted por mi cuenta. Lo desengañaré; le haré conocer al malvado que lo deslumbra. Pierda usted el cuidado.

Doctor. Está bien; hasta luego.

ESCENA III.

Lorenzo y Don Camilo.

D.Cam. Y bien? le entregaste mi testamento?

Lorenzo. Sí Señor.

D.Camilo. Qué te ha dicho? qué te ha respondido?

Lorenzo. Nada, no Señor, nada... Créame usted. Yo (*ap.*) no tendré la debilidad de decirlo. Allí estaba el brivon gazmoñazo de...

D.Camilo. No te entiendo. Qué dices? quién es?

Lorenzo. Ese hipócrita camándula de Don Luciano, que es el mas...

D.Camilo. Mira, Lorenzo, ya veo que la edad que debia haber formado un corazon recto, solo sirve para aumentar tu malicia. Don Luciano es mi amigo, debo satisfacciones muy apreciables à su afecto, y se interesa en mi felicidad. Las bendiciones del cielo no pueden entrar en las zahurdas de la detraccion, y mi casa empieza à ser por tí una sentina de este vicio soez. Tú debes salir de ella, la debes mirar de lejos y con respeto. Vete. Insultar la virtud, y à mi presencia! Vete. Desaparece para siempre de mis ojos.

Lorenzo. Señor, no se incomode usted por mí... bien, ya me voy... me iré... y no hay remedio?... Vea usted aquí un Criado, que al cabo de quarenta y cinco años de buenos servicios perdió toda su privanza, porque tuvo valor para decir una verdad. No me aturdo, eso es querer que

yo aprenda à respetar los pícaros y los hipócritas, y les llame bienaventurados à boca llena. El Señor Don Pablo me ajustará la cuenta, liaré mis trapos, y à Dios (*) amada morada de quarenta y cinco años... Ah! aquí fue exáltado Lorenzo à la estimacion de sus difuntos amos... ya no exîsten... (**) Ellos me llamaban la honradez de los sirvientes, y solo una verdad... Bien, usted me despide, ya me marcho. (***) A Dios, amado Señorito de mi corazon!... A Dios, jóven sencillo y virtùoso... Ah! las lágrimas se me saltan... No aborrezca usted jamás la memoria de su fiel Lorenzo... Mi corazon amará à usted hasta el sepulcro. A Dios. (****)

D.Camilo. A Dios. Mi alma se halla tiernamente conmovida... Yo soy un ingrato... Soy un cruel. Lorenzo, te vas? te vas, Lorenzo?

Lorenzo. Ah! no, no me voy, (*****) ya no me voy, mi querido Señor... Aman-

---

(*) *Con sensibilidad.* (**) *Enternecido.* (***) *Yéndose muy de espacio hasta el tercer bastidor de la derecha.* (****) *Yéndose.* (*****) *Vuelve apresuradamente, se precipita à los pies de Camilo, estrechándole las manos.*

do à usted tanto! yo moriria de pesar. Mas que me echen à palos, no salgo de casá. (*) Oh! entre estos trémulos brazos creció usted en la niñez, y en ellos sus inocentes juegos, y sus tiernas lágrimas hallaban su dulce consuelo y su apoyo.

D.Camilo. Sí, es verdad; no te vayas, Lorenzo.

Lorenzo. Yo me acuerdo que usted entonces me decia: mira, Lorenzo, si yo fuera Rey, te habia de hacer qué sé yo... te quiero tanto... Doña Tadea y Don Anselmo venian entonces con su pequeña Abelina à tertulia. Usted y la inocente Señorita jugaban, corrian, enredaban, hasta que un pacífico sueño los rendia; se abrazaban los dos de mi cuello, y se dormian en el cariñoso seno de su Lorenzo.

D.Camilo. Oh! calla, calla; no despedaces el corazon de tu amo. Sí, Abelina y yo te amábamos. Su corazon era entonces tierno, sensible y agradable.

Lorenzo. Y ahora tambien lo es, mi amado Señor: sí, lo es; pero à mí no me toca hablar de esto. Yo hablo de unos dias, en los que, si usted reía, en mi Señora crecian el gusto y las inocentes

(*) *Se levanta.*

gracias ; y si alguna vez lloraba usted, tambien ella vertia tiernas lágrimas, hasta que mis manos enjugaban sus hermosos ojos, estrechaba à los dos en mi amoroso pecho, y los mimaba con toda la ternura de mi corazon.

D.Camilo. (*) Ay mi buen amigo! Llega, llega à mis brazos. Abelina te perdona y mi corazon te ama con todo el fuego de la gratitud.

Lorenzo. Mi querido Señorito!...

D.Camilo. Mi amado Lorenzo!...

ESCENA IV.

El Doctor y dichos.

Doctor, ap. Qué alma tan bella! No podrá ser cruel con su hermosa esposa quien es tan afectuoso con un fiel criado. Esta era una feliz oportunidad ; pero es preciso seguir los prudentes designios de Don Pablo. (**) Camilo, quánto me deleytan esas dulces lágrimas!

D.Camilo. El cielo me ha hecho un funesto presente en este corazon ; pero desdichado de aquel que no es capaz de verterlas!

(*) *Abrazándole con expresion y ternura.* (**) *Saliendo mas à la Escena.*

Doctor. Unas almas como la de Camilo y la de su sensible Criado, siempre serán dignas de mi eterna estimacion; pero no nos distraygamos. Camilo, qué maligna estrella divide tu corazon del de tu amado Maestro? Yo no sé qué me ha dicho de un viage... de disgustos... él está desazonado. Qué es esto?

D. Camilo. Mi ingratitud: sí; yo soy un monstruo: la amistad y la ternura me deben abandonar à mi bárbaro corazon... Yo insulté sus canas... pero no puede irse, no se irá, no puede entregar à la desesperacion à su mejor amigo. Dónde está? Yo corro à sus pies... Yo voy à besar su mano bienhechora, y... (*)

ESCENA V.

Don Luciano y dichos.

D. Luciano. Buenos dias, amigos mios. Ola! qué es esto? Arrebatos de la sangre, no es verdad? Juventud, fogosidad.

Lorenzo. Jesus! *vase.*

(*) *Al irse à entrar por la izquierda, sale Don Luciano por la derecha, detiene à Don Camilo, y hasta la Escena VI. debe aparentar una expresiva persuasion.*

Doctor. (*) El corazon de Camilo está dispuesto, y el fingimiento de la ausencia de Don Pablo ha producido todo el precioso efecto que yo deseaba. Voy à avisarle antes que Camilo pueda ser pervertido por este cauteloso, que èl no conoce bastante. A Dios, Señores.

ESCENA VI.

Don Luciano y Don Camilo. (**)

D.*Luciano.* No, amigo mio, hazme el favor... Oh! tiempo te sobra para humillarte mucho mas que lo que te abate tu destino. El hombre es una criatura tan soberbia, que lisonjea su orgullo y sus pasiones, quándo consigue el triunfo de ver à su hermano postrado ante sus ojos. Oh! los hay muy artificiosos y sutiles.

D.*Camilo.* El Señor Don Pablo es mi maestro, mi amigo, y yo...

D.*Luciano.* No, no digo eso; Jesus mil veces! No por cierto. Yo lo venero, lo aprecio. No soy capaz de murmurar de nadie. El cielo nos manda que no nos

---

(*) *Aparte, pero hácia la punta del teatro.*

(**) *D. Camilo procura desprenderse de Don Luciano; pero este le detiene, arrima sillas, y se sientan.*

abatamos, preservemos nuestros bienes de los malvados que nos rodean, y velemos sobre la conservacion de los dones de su beneficencia. El pronunció las leyes de la beneficencia, y para eso nos dió la compasion. Oh! si no fuese tanta la limitacion de mis facultades, quántos felices veria el sol en el ancho círculo que ilumina!

D.Camilo. Usted tiene un corazon tan sensible y tan piadoso... Quánto me agrada usted, aunque no fuese mas que por esa sola virtud!

D.Luciano. Y de qué me sirve mi corazon? de maltratarme. No puedo consolar à nadie. (*) Ah! yo quisiera enjugar las lágrimas de la desventura; si yo pudiese... entonces tu esposa...

D.Camilo. Ah, Señor Don Luciano!

D.Luciano. Vaya, y cómo ha de ser? ya no hay remedio. Yo te elevo à la atencion divina todos los dias en mis súplicas. Tambien está la vida de esa infeliz rodeada de afliccion. La compadezco; pero repruebo su conducta. Señor, los derechos del consorcio... el respeto que ella debia tener à lo santo de un lazo tan respetable... no, harto le predico à su

---

(*) *Con sensibilidad afectada.*

madre ; porque , amigo , yo no soy mas que esto. Hoy han recibido tu testamento. Qué intentas?

D.*Camilo*. Yo? nada. Para la sociedad , para la naturaleza , y aun para mí mismo debo ser un cadáver. Ese lecho desierto , estas sombrías estancias , y las angustias de seis años deben responder à usted en nombre de mi amargura y mi dolor. Oh! la seduccion arrancó de estos hogares la quietud. Sí ; yo miraba à mi Abelina como una imágen de aquella augusta belleza y dulzura de un Dios que comunica la dicha y la virtud. Yo la miraba como un genio celestial, enviado à formar mi felicidad ; pero ella... la pérfida... engañaba à mi alma embelesada en su hermosura à su aparente candor. El Dios de la sinceridad me venga. Su aleve madre , esa furia infernal sea su consuelo , su religion , su Dios y su esposo.

D.*Luciano*. Cierto ; eso es lo que yo digo, es muy delinqüente ; pero à la verdad soy demasiado compasivo. Los pleytos... las deudas que ha satisfecho Doña Tadea en el tiempo de su viudez , han deteriorado su casa tanto... oh! apenas podrá sostener à su infeliz hija... hermosa, enferma , destituida...

D.*Camilo*. Desdichada! Por qué tu aciaga

suerte conmueve el corazon de tu ofendido esposo?

D. Luciano. Yo discurria, que si tú accedieses con una pequeña escritura à la venta de los bienes dotales de tu esposa, podria entonces...

D. Camilo. No, jamás será; jamás accederé. A usted lo deslumbra su zelo demasiado en favor de esa infeliz. Si se vendieran esas pequeñas propiedades, quando la muerte me separase de este suelo de iniquidad, esa bárbara madre quizá la dexaria en el abandono, en la mendicidad, y en la miseria. Tú, desventurada! Yo debo acordarme que esa muger fue conducida à mi lecho por el amor y la religion; que su delito no nació de su alma, no, que yo conocí unos momentos la felicidad à su dulce lado. (*) Este oro, aunque poco, debe apoyar por ahora la exîstencia de esa infeliz. Conserva, conserva, desdichada, tu penosa vida. Ah! yo respeto tus lágrimas, y tu dura suerte me aniquila y desconsuela; pero este bárbaro honor me separa para siempre de tí.

(*) *Abre la cómoda ò papelera, y saca un taleguito de oro que entrega à Don Luciano.*

D.Luciano. Ya lo veo... La sociedad humana es una caterva de monstruos; y aunque seria un sublime rasgo de virtud el reünirte de nuevo con tu muger, la vara del juicio público es tan injusta, tan torcida, y tan inflexible... y tu reputacion, ya ves... todo el cielo se me representa en ti. Bienhechor de tus enemigos... Qué rasgos tan sublimes! Tú afrentas de ese modo à quien te agravia?... Pareces el genio celestial de la liberalidad. Yo parto, lo entrego, cumplo con tu piadoso corazon y con el mio.

ESCENA VII.

Lorenzo y dichos.

Lorenzo. Señorito, el Señor Don Pablo dice, que quiere hablar à usted quanto antes. Todavía (*ap.*) está ahí esa tentacion de mis pecados: maldita sea tu estampa.

D.Camilo. Por qué no entra? Oh! él detestará la vista de un ingrato.

D.Luciano. Sí, ve, ve, hijo mio, tranquilízate; las cosas se compondrán: sí, corre à humillarte y à llorar. Quién sabe si sabrán apreciar tus humillaciones y tus lágrimas? Pero dexa tus asuntos en manos del Señor y de mis sú-

plicas. (*) Para mantenerme un par de años... chocolate... un vestidillo... Bien tengo echado mi cálculo. Le daremos alguna cosilla à la muchacha, que con el tiempo se cobrará con buenos réditos. Yo procuraré apartarla de este mentecato. Oh! la muchacha, la muchacha es como un ángel... Dios colme à ustedes de bendiciones. A Dios, Señores. *vase.*

D. Camilo. Vaya usted con Dios, amigo mio.

Lorenzo. Anda con mil de acaballo... (*ap.*) El Señor Don Pablo.

ESCENA VIII.

Don Pablo, el Doctor Bustos y dichos.

D. Pablo. Camilo, (**) estos son los últimos momentos que dedica mi corazon à la amistad y al cariño. Mis años necesitan del pacífico de la soledad. La sociedad y el bullicio ya no son compatibles con un alma que necesita pensar y probar la felicidad en el seno de la meditacion. Hasta ahora he consagra-

---

(*) *Lorenzo hablando con su amo, y Don Luciano en una punta del teatro.*

(**) *Con mucho decoro y sensibilidad.*

do mis ideas en la direccion de tu inexperta juventud. Juzgaba haber cultivado una robusta encina, que resistiese un tiempo al uracan y al infortunio. Sí, yo esperaba los ópimos frutos de una educacion vigilante y meditada. Estos eran los únicos consuelos con que deseaba cerrar pacíficamente mis párpados. El cielo castiga las presunciones de mi ignorancia, y me hace conocer la debilidad del humano saber. Ah! tú has ultrajado un corazon que te amará hasta el último instante de su exîstencia, y llevará el amor y la gratitud hasta la noche de la muerte y del sepulcro.

D.Camilo. Usted no debe agradecerme cosa alguna, no Señor. Yo vituperé unas canas que nacieron en el exercicio de las virtudes. Ah!... yo soy un ingrato... me anima un corazon bárbaro y cruel. Yo debia habitar las sombrías regiones donde jamás penetra la luz; pero, ò amigo! quando la memoria de la sinrazon me oprime, mi alma padece todas las crueles afecciones de una turbada razon; y usted no, no es indulgente con mi dolor... Pero irse usted? dónde? No, no se irá. Mis cariñosos brazos lo detendrán en todas partes. Usted violaria la promesa mas sagrada. No es posible,

no lo creo. En los últimos dias de su penoso vivir, mi virtuoso padre le dixo à usted, cubierto de afliccion, y apretándole ambas manos: Don Pablo, ahí tiene usted un hijo... yo recomiendo à la virtud y ternura de usted à mi querido Camilo... Yo cerraré mis ojos con la paz que se parece à la de los justos, si usted ofrece no abandonarle jamás... El es muy jóven, ámelo usted: tenga en usted un cariñoso maestro, un amigo y un consolador... De allí à pocas horas espiró. (*)

D. Pablo. Tu padre! qué buen Señor! qué virtuoso! qué probidad! Dios impenetrable! Y por qué han de morir los justos? Ah! quánto nos amaba! (**) Ven, hijo mio, ven à este sensible corazon que te ama con toda la veemencia del paternal cariño.

D. Camilo. O padre y maestro mio!

D. Pablo. Hijo de mi ternura!

Doctor. O virtud! Estos son tus frutos. *ap.*

Lorenzo. Yo me enternezco... mi rostro se cubre de lágrimas... Yo no soy para esto. *ap.*

(*) *Enternecido.* (**) *Don Pablo se posee de los mismos afectos, y se abrazan.*

D.Camilo. Ah virtuoso amigo! Mi alma está muy oprimida; apenas puedo probar el placer que la virtud de usted ha procurado verter en este corazon.

D.Pablo. Vuelve, vuelve à renovar los tranquilos dias de una dulce confianza; aquellos dias, en que el Dios de la eterna paz descendia à estos hogares, penetraba hasta dos sencillos corazones, y los estrechaba mas y mas con los dulces sentimientos de amor y de amistad.

D.Camilo. Mi razon perturbada con tal desgracia me seduce à creer que mi honor haya de ser tan inflexible, como lo es el mundo, ese juez público que jamás perdona el sueño de una culpa al mas virtuoso.

Doctor. Y qué? la virtud ha de ser subyugada por un juez tan poco recto? por un tirano que yere al virtuoso y al malvado con igual serenidad?

D.Camilo. No, Doctor, no piensen ustedes envilecerme ni humillarme de nuevo. Yo devoré en el silencio mi necia pasion. Yo fui arrebatado à los tribunales por mi honor; ellos pronunciaron mi derecho; y yo en vez de armarme con su autoridad, invoqué de nuevo la amistad y los deberes que me unian à Abelina; pero al mirar desayrada mi pasion por su temor ò su odio, no quise arras-

trar de nuevo à mi lecho una muger que maldixese en su alma la impía y adversa estrella que la unia à mí. Yo he sido en dos ocasiones el desprecio de mis mismos parientes, y de un pueblo detractor. (*)

D. Pablo. Y qué, lloras, infeliz? Calma, hijo mio, calma la lucha de tu corazon. Tú vas à sorprender un monstruo que te usurpó una halaja que te entregaron los cielos, y que no te puede disputar la iniquidad. El Doctor, Lorenzo y yo, sostendremos tan dignas ideas, y en caso necesario las leyes nos armarán en obsequio de la razon y la humanidad. Sí, créeme, amado mio. Esa enfermedad extraña, ese funesto delirio que le combate, nace de la opresion de su alma, y de la memoria de su error. El amor de su Camilo es el que congoxa su alma arrepentida. Ella juzga, que la pérdida de su hermoso niño, de aquel dulce y primer fruto con que el cielo bendixo la pureza de dos tiernos corazones, para siempre la aparta de su esposo.

D. Camilo. Desgraciada! jamás tu lecho será ocupado por otro amor. Tus antiguas virtudes y la memoria de un hijo, pa-

---

(*) *Con veemencia, y enterneciéndose.*

ra siempre cerraron dentro de mí mismo todos los placeres de la naturaleza y del paternal amor.

Doctor. Ah! si la vieras, marchita aquella cándida y angelical belleza, atados con recias ligaduras sus delicados brazos, mesados sus cabellos...

D.Camilo. Oh! (*) Calla, amigo mio, calla... Dios de piedad, dame fortaleza... Funesta imágen!... Entonces... si yo la viera... O Abelina!

D.Pablo. Escucha, esposo cruel; si llorando, cubierta de inconsolable afliccion se arrojase à tus pies, y te dixese: si los tiernos recuerdos de nuestro primero amor han huido para siempre de ti; si te olvidaste que fuiste padre y esposo en el seno de mi ternura; si mi desgracia... mi arrepentimiento y mis lágrimas no me dan ningun derecho à la compasion; nuestro hermoso y pequeñuelo niño tiende hácia ti sus tiernecitas manos desde las mansiones de la eterna inocencia, y te suplica que perdones à tu esposa y su desgraciada madre. (**)

(*) *Con mucha sensibilidad, y dexándose caer en el sofá, ò apoyándose en los brazos de Lorenzo.*

(**) *Camilo se abraza estrechamente*

D. Camilo. Ay Dios!... Hijo mio! O Abelina!... Ven, ven à mis brazos, yo te perdono.

Doctor. O providencia! finaliza tu obra.

---

con Don Pablo, y Lorenzo y el Doctor deben manifestar una extremada sensibilidad con la sencilla demostracion de ponerse repentinamente el pañuelo en los ojos.

ACTO SEGUNDO.

Casa de Abelina. El teatro presenta un salon pobremente adornado, pero con algunos restos de su antigua magnificencia. En el foro habrá una puerta practicable, que denote dar paso à la habitacion de Abelina.

ESCENA PRIMERA.

Doña Tadea y Don Luciano, con unos legajos en la mano, que aparentan ser el testamento de D. Camilo.

D. Luciano. VAya, no la dexa en la calle, y yo no sé qué significa esto.

Doña Tadea. Yo sí, yo sí. El piensa que con esa necia hipocresía he de volver la muchacha à su poder... Oh! eso no, mientras mis ojos estén abiertos. No, no sufrirá mi corazon tal desayre. Ese brivon no sabia lo que le amaba su suegra, y lo que podia la venganza de una muger desayrada. Digo, me parece que tampoco estaba de deshecho.

D. Luciano. Pues qué, Señora, estos ojos que han de comer la tierra, no lo están viendo? Yo, yo mismo con toda mi rapidez y mi virtud estoyca muchas veces...

Dios me lo perdone; vaya, iba à decir un disparate... Oh! usted todavía se halla en posesion de inspirar ideas muy placenteras al mas austéro celibato.

Doña Tadea. No, amigo; estoy ya muy ajada... Los pesadumbres, los pleytos, los inmensos gastos, las deudas... Nadie mejor que usted sabe el estado de mi casa.

D. Luciano. Ya lo veo... Los pleytos especialmente... qué, Señora!... está el mundo muy corrompido, mucho, mucho. Un triste agasajo ò expresion que se haga en qualquiera tribunal, cuesta casi siempre mas que la propiedad que se disputa... Por otra parte, las leyes tienen una virtud elástica... O Dios mio! no son así tus estatutos santos.

Doña Tadea. No está todo mi mal en esa clase de inútiles dispendios. Usted no ignora lo deteriorada que está mi casa; pues ahora para alivio de mis males, ya ve usted, he perdido el pleyto que seguia contra el Marqués de Montayre; sí, ya me lo presumia yo. ¿Quién habia de resistir à un Señor de un pergamino tan apolillado, viznieto de quince Reyes, y con tantos relumbrones y epitafios?... Pero lo que mas me aflige es el pago de las costas... es una historia. Con qué nada le ha sacado usted à ese brivon?

D.Luciano. Algo... muy poco... vergüenza me dió el traerlo, y lo dexé en mi casa; y eso, amiga mia, que empleé todo el fuego de mi eloqüencia. Abrí los cielos quatro ò cinco veces à sus ojos, evoqué à los muertos, llamé à los vivos, y peroré como un Orador de Parlamento; pero nada... muy poco. Le propuse con mil estudiados círculos la venta de esos bienes dotales de Abelina; y por poco me confunde con tétricas declamaciones sobre su esposa; de suerte, amiga mia, que parecia cosa de novela ò farsa.

Doña Tadea. Sí, es él gurrumino, mas sin vergüenza...

D.Luciano. Yo he descubierto en él bastantes disposiciones para reünirse de nuevo; pero le he puesto delante con bastante calor los dichos del pueblo... su opinion, que si no, creo que él no hubiera reparado en la extraña enfermedad de la muchacha, y lo hubiéramos tenído aquí de nuevo. Allí tiene un Lorenzo, que es el mas marrullero; picaron! pues el D. Pablo! oh! es mucha solapa el tal D. Sócrates. Yo quiero à los hombres virtuosos à secas, sin esos follages, ni piropos... Dios sea indulgente conmigo... no quisiera murmurar... Usted no se escandalice, amiga mia.

Doña Tadea. Qué? no Señor. Si yo sé que el tal Don Pablo juzga muy fácil la reünion. Usted crea, que si no lleno el corazon de la muchacha de terribles desconfianzas y temores, nada consigo; porque era tal su apego y su maldita pasion... que fue preciso valerse de muchas artimañas, ponerle delante el carácter áspero de Camilo, y aun hacerle creer, que si alguna vez se quexaba de la injusticia de su marido, la mataria en los furores de su ímpetu. Para sostener mi venganza y mi decoro, han sido precisas mil sutilezas y cautelas en diferentes ocasiones. Persuadirla, que era un fingido, un alevoso, que pretextaba su reconciliacion para hacer con ella una ruidosa catástrofe. Ella siempre triste, siempre melancólica, y tenaz en su pícara pasion, ha perdido todo el órden de su entendimiento, y hoy está loca de atar. Estos dias atrás se iba mejorando, y me cercaban bastantes temores; pero desde que le dixe que Camilo no se acordaba de ella, y habia entregado su corazon à una feliz competidora, se ha puesto como una espirituada. Como yo conozco el influxo que tienen sobre su alma estas manías, me es muy fácil el inflamarla, trastornarla y desconcertarlo todo... pero si tengo de decir la verdad,

en algunas ocasiones me parece que me quiero enternecer... siento... me compadezco tanto... ya ve usted... la naturaleza... la sangre... soy madre...

D.Luciano. Qué, Señora! la naturaleza!... la naturaleza! Esa es una pasion à la moderna. El amor à los hijos es un sentimiento rutinario, canonizado por la aprehension de muchos.

Doña Tadea. Oh! no diga usted eso, vemos que hasta los animales con sus hijos...

D.Luciano. Los cuidan quando pequeños, y los devoran quando son grandes.

Doña Tadea. No, no diga usted eso, porque muchas veces quisiera sosegar mi corazon, y no puedo. Yo no estoy tranquila; parece que la mala fortuna se conjura contra mí.

D.Luciano. Pues yo creo que el oráculo de la casa, el venerable Don Pablo y el brivon del Criado nos van à jugar alguna gatería virtuosa para ponerla en brazos del declamador esposo; y si no se acude con prontitud... Apenas esté Abelina quatro dias al lado de su Camilo, se tranquiliza, vuelven sus ideas à su órden regular, y entonces peligra usted, se descubre todo, y se causan nuevos escándalos... Oh! esto de los escándalos es muy malo... es una culpa tan grande...

y la religion, amiga, que es muy santa, está terrible con esta clase de delitos. Nosotros debemos evitarlos en nombre del respeto que nos deben inspirar sus puras máximas, y los preceptos de la naturaleza por la seguridad individual.

Doña Tadea. Una cosa me ocurre... una idea muy oportuna para el intento.

D. Luciano. Y quál es?

Doña Tadea. Usted ya sabe lo que la altera y trastorna qualquiera noticia infausta de su marido. Yo la haré ver el testamento que acaba de enviarnos; aparentaré irle diciendo poco à poco que está muy enfermo... que ha padecido... que ha muerto... y de un modo muy sutil. Yo conozco muy bien el poder que exercerá sobre su alma qualquiera idea de esta clase. Yo estoy segura y libre de temor en esta parte. Jamás le permitiria à mi rival un triunfo que está en mi mano el evitarlo. Es preciso que trayga usted ese dinero, y que reünamos todos nuestros esfuerzos.

D. Luciano. Oh! el dinero... en mi casa lo tengo... es tan poco... está seguro. Usted discurre mas que Patillas; pero si la locura de Abelina adquiere mas consideracion... esto es muy malo: puede morirse... es prógimo, y no estoy tan interesado en su desgracia.

Doña Tadea. Sí, ya me lo presumia yo, que usted no miraba como humo de pajas à esa miserable.

D.Luciano. Oh! eso no, mi amada Doña Tadea, no tal. Mi alma podrá tener algunos achaques, somos endebles... pero eso... vaya, no es para mi delicadeza y rigidez.

Doña Tadea. Ya lo veo; pero à veces... Por Dios, amigo, no se olvide usted de esos reales; por pocos que sean, me harán un excelente servicio.

D.Luciano. Sí, lo considero. Si llega à un punto respetable la enfermedad de Abelina, recurre usted à qualquiera Tribunal, expone usted que no puede entregarla en aquel estado à su marido, y que necesita usted vender parte de sus bienes dotales para alimentarla. Con efecto se consigue, se venden, y estamos libres de cuitas y desazones.

Doña Tadea. Bien me parece, muy bien. Si no discurriria una trampa como esta el mas estirado Jurista!... Si usted... vaya... tiene un talento... Voy à dentro; no tarde usted, le enseñaré el testamento à la muchacha, y veremos su disposicion para concluir nuestro plan. Venga usted luego, y no se olvide usted de esos dineros.

ESCENA II.

Don Luciano solo.

D. Luciano. Vaya usted con Dios, amiga mia. Los dineros? Los dineros son demasiado sagrados para que tus profanas manos los toquen, ni tus ojos los vean. Yo los uniré à sus venerables compañeros en el santuario de mi talega. A mí nada se me da que te embarguen hasta el ayre que respiras, si no pagas tus trampas, porque yo soy Luciano, y para mí Luciano es y debe ser en toda la raza humana el primero, el segundo, el treinta, el quarenta, el mil, y el cuento de cuentos. Solamente que un célibe como yo es un hombre, y un hombre no puede pasarlo bien, sin tener todo aquello que le falta... La muchacha, el diantre de la muchacha me priva de la paz, que habia de respirar en medio de mi filosofía y de los exercicios de mi sofística virtud.

ESCENA III.

Don Luciano, Paulina y Abelina. (*)

Paulina. Yo no puedo contenerla. Por Dios,

(*) *Abelina debe salir con el pelo espar-*

Señor Don Luciano, que se me escapa, que le ha dado el accidente. (*)

Abelina. No, no me sigais, verdugos de la inocencia... Yo soy libre, soy libre... no, no me ateis mas. Crueles!... con una niña... infeliz... destituida... (**) Suelten ustedes, suelten. Yo estoy buena... yo parto solo à arrancar de los infieles brazos de mi Camilo à esa indigna, à esa rival que me usurpa un corazon que todo es mio... Suéltale, pérfida, suéltale... es mio, mio. No es verdad, Paulina?

Paulina. Sí, mi amada Señorita... nadie se lo puede à usted disputar. Sosiéguese usted un poquito: no, no crea usted eso...

---

cido, su ropa colocada con desaliño, algunos cardenales en las mexillas, sus ojos sumidos, que deberá aparentarse por medio de ojeras bien figuradas, observando todas las alteraciones en su carácter de inadvertencia, olvido, y algunas veces de precipitacion, furor ò ternura, segun se indique la diversidad de afectos. Paulina sale precipitadamente.

(*) *Sale Abelina con alguna precipitacion, y al ver à Don Luciano, dirige à él la palabra.* (**) *Procuran contenerla, y se desprende.*

mi Señor es tan sensible... la ama à usted mucho, mucho.

Abelina. Ah! me amaba... ya no me ama.(*) Y por qué me habia de amar?... Ah! yo he cubierto de lágrimas y de ignominia el corazon de un esposo... él me perdonaba, y yo... (**) Hoy, ya no, ya no hay perdon... Yo desayré su piedad. Ah! las lágrimas me ahogan!... las entrañas se me arrancan de dolor. Piedad, piedad! (***)

Paulina. Vaya, mi querida Señorita; por Dios no piense usted mas en eso. Estése usted quietita; Paulina se lo suplica à usted.

Abelina. No mas, Paulina mia, no mas; no te enfades, me confundo... Ay Paulina!

Paulina. Desvanezca usted por un momento esas funestas ideas; distráygase usted: Paulina estima à su Señorita con todo el calor de un corazon tierno y agradecido, y su ama se deleyta en complacerla. Hablemos de otra cosa.

Abelina. Hablemos. Sí, tú me amas; tú

(*) *Con pasion y sentimiento muy vivo.*
(**) *Enternecida.* (***) *Exclamando con veemencia, y dexándose caer en los brazos de Paulina.*

solamente me amas sobre la tierra. Yo soy un objeto de exêcracion para los virtuosos... todos me aborrecen, todos... esposo, hijos... el universo me detesta. Infeliz! Hablemos de otra cosa, hablemos. (*) Mira, estaba yo ayer noche, amada Paulina, en mi quarto, esperando que un pacífico sueño llenase mi imaginacion de benignas quimeras. Yo no me dormí, no, porque un tropel de robustas mugeres y sus pequeñuelos hijos, sorprendió toda mi atencion. Tiernamente enlazados entre sí hijos hermosos y dichosas madres, ofrecian à mis turbados ojos la mas tierna perspectiva, y este admirable grupo dulcificaba mi amarga melancolía, y remitia à mi alma ideas muy tiernas y benéficas. Yo estaba embelesada en mi amada vision, qnando observé no lejos de mí un hermoso jóven pálido, triste, lleno de laxîtud, que estrechaba à su fúnebre rostro un gracioso niño, y à breve rato lo desprendió de sus lánguidos brazos... él era el mas bonito de todos. Yo vi que corria con sus bracitos abiertos hácia mí, se abanza à mi cuello... me llena de caricias y de afectuosos besos... Lo miro,

(*) *Con naturalidad aparente.*

ah! y conozco à mi pequeño Marcelino, y à mi querido Camilo. Mil veces lo beso, y otras mil lo lleno de dulces lágrimas, y me mezclo entre las dichosas madres. Ellas alegres repetian: estos tiernezuelos son las pias bendiciones de un dios de pureza, y estrechaban nuestros dulces lazos. Mi Marcelino me enlaza à mi Camilo... yo me precipito entre sus brazos... y él llora y me perdona... (*) Yo solo fui feliz en medio de ilusiones... todo desparece, desparece este dulce engaño, y el horror desciende à mi alma... Yo sin hijo, sin esposo... Desgraciada!... Hijo de mi amor!... hijo feliz de una desventurada! Ah! tú no vives... si vivieras... Sombra querida! yo te respeto; tú debes unirnos. Tú delante del trono de la indulgencia y piedad enlaza dos tiernos corazones. (**) Mira, Paulina, mañana... y por qué no hoy mismo? yo correré à los pies de mi esposo; no, no me atareis mas... imploraré su piedad, los bañaré con mis lágrimas... y él, gran Dios, podrá perdonarme?

D. Luciano. Qué! no lo creas; está tan irritado... es tan violento... quizá te mataria.

(*) *Con naturalidad aparente.*

(**) *Con afliccion suma.*

Abelina. Mas que me mate. A usted no le importa nada. Yo me ofreceré gustosa à su furor, para que sepulte en mis entrañas su feroz cuchillo. Yo prefiero el ser sacrificada à la justa venganza de un esposo à una vida llena de infamia, y oprimida en manos de mis verdugos.

Paulina. Y usted lo cree?... No crea usted tal. Luego que usted se restablezca, iremos juntas à ver al Señorito. El la recibirá à usted con toda la afabilidad de un alma sensible y compasiva, y de un corazon que adora la virtud y la inocencia.

Abelina. Ah! y tú lo crees? Esa cruel (*) que posee el mejor tesoro que habia para mi corazon sobre la tierra, lo arrebatará de entre mis brazos, él se acordará de mi detestable crímen, y entonces... qué haré? Ah! entonces... lanzarme furiosa à mi enemiga, (**) matarla, despedazarla... Ese lecho, ese esposo es mio, la diré... Esas son las aras de un amor consagrado à la pureza. Huye, huye, pérfida, tiembla... No puede, no, ese infiel... yo vivo... Tú eres

---

(*) *Con alteracion, empezando un vehemente delirio.*

(**) *Zelosa y llena de furor.*

sacrílega... mis manos y mi furor sabrán despedazarte... (*) Tú eres, tú...

Paulina. Por Dios, por Dios, Señorita!

D. Luciano. Muchacha! muchacha!

Abelina. Retírese usted, huya usted para siempre, si tiene amor à su existencia. (**)

ESCENA IV.

Doña Tadea y dichos.

Doña Tadea. Qué es esto? qué alboroto es este?... Hija, hija, por Dios. (***)

Abelina. O Dios mio! Dónde estoy?... qué es lo que he hecho? Yo deliro, sueño... O amiga! ò dulce amiga mia! tú llorando!... Esas lágrimas, esa funesta aflicion me anuncian que mi aleve mano...

Paulina. Señorita, no, no crea usted tal: usted no ha hecho nada, nada.

Abelina. Sí, yo te he ofendido... yo te he ultrajado... Mis manos crueles deben de ser oprimidas. Sujétenme, átenme uste-

---

(*) *Se precipita à Paulina, y la amenaza.* (**) *Vaga por el teatro; Doña Tadea y los demás la sorprenden, y la sientan.*

(***) *Despues de un corto intervalo, y como volviendo en sí, habla à Paulina con la mayor ternura y sensibilidad.*

des, yo lo imploro por piedad. Estos ojos llenos de lágrimas lo suplican... Yo no me expondré jamás à la indigna afrenta de ser la mas ingrata de las criaturas... O amiga y bienhechora mia! dexa, déxame, abandóname; huye, huye para siempre de una alma desconocida à tu amor y à tu ternura... Ah! no, mi amada Paulina, no me desampares; si tú me dexases, quién me llamaria amiga sobre la tierra! quién enjugaria mis lágrimas, y quién lloraria conmigo en las horas de mi tribulacion?

Paulina. Yo abandonar à usted? No, ama mia muy amada, yo no puedo dexar de obedecer à este tierno y agradecido corazon... Mas que me hiriese usted, me cubriese de sangre, ¿podria consentir en desampararla? La muerte solo podria separarme de mi amable Señorita, y dividir mi suerte de la suya.

Doña Tadea. Vete fuera, entra luego, ya está mas tranquila.

Abelina. Sí, amiga mia, vuelve luego, no te acuerdes de mi ingratitud, y perdona à una desdichada.

ESCENA V.

Don Luciano, Doña Tadea y Abelina.

Doña Tadea. Mira, hija mia, el Señor

D. Luciano queria comunicarte un asunto de mucha entidad.

Abelina. No, no puede serlo... Yo conozco que ustedes desean llenar mi corazon de angustia. Ah! derramen ustedes todo su tósigo en este objeto de su indignacion.

D. Luciano. No, no, querida Abelina. Tu madre te ama, y yo tambien te estimo mucho.

Abelina. Mi madre no me querrá mal... soy su hija... usted... qué sé yo... Yo no le he hecho à usted ningun daño.

Doña Tadea. Sí, hija mia, yo te amo, te amo... Eres un tierno pedazo de mis entrañas... (*) Hija de mi corazon!

D. Luciano. (**) Acuérdese usted que es su rival, de los males que amagan nuestra seguridad, y concluyamos el proyecto. (***) Tu madre no se atreve à comunicarte una noticia. Oh! es tan funesta...

Abelina. No puede serlo. Nada tenia que perder sobre la tierra mas que un hijo, y el amor de mi Camilo... lo he perdido... Todo lo demás no puede ser terrible para mi corazon.

(*) *Con sensibilidad.* (**) *Aparte à Doña Tadea.* (***) *A Abelina.*

D. Luciano. La humanidad está cercada muchas veces de una especie de males que ella no presiente ; pero la constancia constituye la felicidad en medio de las adversidades.

Abelina. Y qué quiere usted decir con eso ? (*)

Doña Tadea. Sosiégate , hija mia , no te precipites. Mira , estos papeles (**) son el testamento de tu marido. El pobre está malito... bastante enfermo... El Señor Don Luciano quiere decirte, que muestres à la desgracia un semblante pacífico y tranquilo.

D. Luciano. Sí , querida Abelina ; nuestra exîstencia , todo nuestro vivir es una trémula antorcha que se apaga al mas leve soplo. La muerte nos sorprende en la primavera de la juventud , y en el invierno de la ancianidad. (***)

Doña Tadea. Tú debes presumirte qualquiera de estos accidentes... No , no te dexa abandonada... No te ha olvidado en su última voluntad. Vaya , hija mia , aquí no hay mas que sosegarse , y dar gracias

---

(*) *Abelina con sobresalto.* (**) *Enseñándole el testamento , que deberá sacar en la mano.* (***) *Abelina con mucha turbacion.*

al cielo que te ha libertado de tu tirano agresor.

D. Luciano. No andemos, dulce amiga mia, con mas rodeos: recomiéndalo al Señor en tus súplicas, y debes hacerte cargo, que muriendo para nosotros, habita las regiones de eterna luz y de alegría.

Abelina. (*) Y él murió? Y ¿ustedes no tiemblan delante de esta muger aleve, que amargó los dias de su exîstencia, y abrió el sepulcro de su esposo? ¿Ustedes no se estremecerán al mirar estas manos malhechoras, que lo han conducido al lecho de la muerte? Ah! yo soy la criminal, que apagó para siempre la luz de sus ojos... Yo sin hijos, sin esposo... sin virtudes. Ah! desventurada!... Yo escucho el espantoso acento de un Dios que no podrá indultarme.

Doña Tadea. Hija! hija!

Abelina. Yo no soy hija, no lo soy, no. Yo soy un parto del furor de los cielos, nacida para oprimir la virtud y la inocencia de un hombre justo, de un ángel que el cielo habia enlazado con esta muger pérfida... Miserable!... (**) Ya no hay clemencia para mí; se acabó la piedad... Ah!...

(*) *Con sentimiento muy vivo.*

(**) *Con lágrimas y terror.*

D.*Luciano*. Sosiégate, sosiégate. Aquí está tu madre, tu amigo...

Abelina. Yo no tengo madre, no; jamás la he tenido... tenia un hijo, un virtuoso esposo... ya no exîsten. (*) Yo no he conocido à mi madre jamás. Yo he debido mi detestable ser à una venenosa sierpe, que seduxo mi inocencia, y me arrastró por fuerza hasta el mas horrible de los crímenes... Usted, usted, muger cruel, me hizo esclava de la cólera del cielo... Yo no he roto esos lazos de la naturaleza y del amor... Yo niña... tímida... Infeliz! (**) Ay! huyan, huyan ustedes, agresores de la inocencia, enemigos del honor y la virtud... Huyan ustedes, les digo... tiemblen... Yo siento que la rabia y un infernal furor discurre por mis venas, y el fuego de la ira me penetra el corazon... Ah!... yo tiemblo... Huyan ustedes, les ruego.

D.*Luciano*. Vámonos, amiga mia, conservémonos; esto va muy malo... Su delirio se ha exáltado hasta un punto demasiado

---

(*) *Con ternura, y despues de una pausa, con veemencia y sentimiento.*

(**) *En su mayor delirio, y fuera de sí, tiembla, como si estuviese acometida de una convulsion.*

respetable. Se concluyó nuestro plan, y no queda que hacer cosa alguna en obsequio de usted.

Doña Tadea. Sí, retirémonos... Yo me horrorizo... Vuelva usted luego, haremos esa diligencia, y no se olvide usted de esos dineros. (*)

ESCENA VI.

Abelina. Ya se van, ya quedo toda entregada à la negra agitacion que me devora... Dónde huiré de la vista de los hombres? Dónde me esconderé de la saña de los cielos? Parece que me cerca un negro torbellino, y que una secreta mano me arrastra à la desesperacion... Muerte... muerte (**) ven precipitadamente sobre esta miserable; y si no, yo sabré buscarte con el hierro ò los cordeles... Desventurada mil veces!... Yo miro abrirse ese horrible sepulcro, y el macilento cadáver se presenta à mis ojos... Yo me estremezco... me horrorizo... Un hielo se dilata en mis entra-

---

(*) *Vanse por la derecha Doña Tadea, y Don Luciano por la izquierda.*

(**) *Con furor, y despues con terror y asombro.*

ñas.... Dios mio! piedad! piedad! (*)
Paulina, Paulina. (**)

ESCENA VII.

Paulina, y luego Don Pablo y el Doctor Bustos.

Paulina. Qué puede haber ocurrido? Señorita! Señorita! mi amada Señorita! Parece que la frialdad de la muerte se ha extendido por su rostro. (***)

Doctor. Qué es esto, amada Paulina?

Paulina. Yo no lo sé. Un sudor frio está bañando sn rostro; apenas alienta. Ayúdenme ustedes. (****) Pobre Señora!

Doctor. Dime, piadosa y amable Paulina, qué funesto acaso ha producido este parasismo? Qué ha sucedido?

Paulina. Usted aquí, Señor Don Pablo! usted peligra mucho, si mi ama ò Don Luciano llegan à ver à usted.

D. Pablo. Yo no les temo. Me conozco con suficiente entereza y razon para hacerme

---

(*) *Llamando.* (**) *Cae desmayada con el mayor abatimiento.* (***) *Salen D. Pablo y el Doctor Bustos.* (**** *Le ayudan à Paulina à levantarla, y la sientan, sosteniéndola Don Pablo, el Doctor y Paulina.*

superior à sus dicterios, y eludir las operaciones de su iniquidad. Mira: tu ama va à reünirse con su esposo; él estará aquí muy pronto con Lorenzo; y tú debes cooperar à este virtuoso designio.

Paulina. Ah! y será cierto? Oxala pudiese hacerla feliz con la sangre de mis venas.

Doctor. Dime, amiga mia, qué orígen tiene este accidente?

Paulina. Yo no lo sé. Apenas la he dexado unos breves instantes. Mi ama mayor me mandó salir allá fuera. Don Luciano y mi Señora quedaron con mi Señorita. Yo no sé lo que le han dicho, ò lo que le han hecho. A breve rato oí que me llamaba con voces muy descompasadas è irregulares. Entro, y la encuentro en el lastimoso estado en que ustedes la miran.

D. Pablo. Este rostro pálido, esta imágen de la muerte, y este pronto y mortal frenesí nos anuncian, amigo Doctor, que la iniquidad y la perfidia han desplegado su inhumano furor sobre esta miserable víctima... Ah! tú eres demasiado virtuosa para ser feliz entre malvados. Doctor, procuremos quanto antes su mas oportuno alivio, y apresuremos los felices momentos de su reconciliacion.

Doctor. No dificulto que su restablecimiento corresponderá à nuestro cuidado. Su

respiracion es mas libre, y no tardará en recordar. Nuestra empresa queda confiada à una providencia eterna, que mira el fondo de nuestros corazones. (*)

ESCENA VIII.

Don Luciano y Lorenzo. (**)

Lorenzo. Si el brivon del Criado acierta à empeñarse en que no entre, sin remedio lo estrello. Mucho tarda el Doctor y el Señor Don Pablo; y mi Señor está lleno de impaciencia aguardándolos en la calle. Si habrá ocurrido alguna cosa, porque esta vieja es de la misma piel de barrabás. Por aquí no hay nadie, este silencio... (***)

D.Luciano. Somos perdidos. Aquí hay entruchada, no hay remedio. He visto à Camilo haciendo la centinela à la casa, y yo sospecho... Ola! buen viejo, Dios le guarde. Qué se le ofrece?

Lorenzo. Oh! ya me admiraba yo que fal-

(*) *La entran en una silla por la misma puerta de donde salió Abelina.* (**) *Sale Lorenzo, como dirigiéndose à la izquierda, y Don Luciano pensativo se queda en una punta opuesta del teatro en su salida.*

(***) *Sale Don Luciano.*

tase usted por estos barrios. Yo no lo busco à usted, ni tengo que darle cuenta de nada. Sí Señor... A usted no le importa.

D. Luciano. Vaya, no se altere. Yo no deseo exponerle. Usted es mi prógimo, y si la Señora lo viese, sabria castigar el atrevimiento de penetrar hasta el sitio sin su permiso. Su pobre amo le está esperando en la calle; márchese pronto, que le espera.

Lorenzo. Yo le digo à usted que no me espera, y que no quiero. Yo vengo por su mandado, y sé lo que tengo de hacer. Usted no tiene que venirme con zanguangas, ni alicantinas. Yo conozco dias hace à usted; y usted debe temblar delante de este pobre viejo.

D. Luciano. Dios sea bendito, no me remuerde por ahora la conciencia. Usted conocerá las virtudes de mi corazon, y los esfuerzos inútiles que he empleado en la reünion de dos amables esposos.

Lorenzo. Yo no hablo à usted de eso; pero algunos brivones dicen, que usted no ha sido el último en atizar el incendio, y en engordarse con la discordia y los chismes.

D. Luciano. Siempre entre los mortales han sido perseguidas la probidad y la inocencia. Válgame el Señor! Para que vea us-

ted mi corazon, y deponga esos malos juicios, observe usted la rectitud de mi plan. Dígale usted à su amo, que yo le encargo que no se precipite, que Abelina no se halla por ahora en estado de reünion por su accidente, que en hallándose, yo la dispondré, la prepararé, y presentaré à Camilo à su suegra, para que no se exponga à un sonrojo.

Lorenzo. Ya, ya comprendo, y conozco las tracamandanas de usted... Soy algo estrecho de gaznate, y conmigo no hay emboque. En dos palabras: usted quiere distraer à mi Señor, y dar largas à una generosa reconciliacion, porque así convendrá à los diabólicos enjuagados de la Señora mayor y su devoto confidente; pues esto es una picardía muy grande. (*)

D. Luciano. Usted es un maligno infamador, sanguijuela de su amo. Tiemble; yo soy un inspirado del cielo, amado de la providencia; y yo lo digo.

Lorenzo. Pues yo no soy inspirado, sino un hombre de bien, que de una puñada sabrá henderle los cascos; y yo lo digo.

D. Luciano. Es un atrevido, insultador de la honradez y la virtud.

(*) *Irritado.*

Lorenzo. Y él un hipócrita, chismoso, soplon, perturbador de las familias.

D. Luciano. Vaya, márchase, márchese, desocupe el puesto.

Lorenzo. Yo voy à la habitacion de la Señorita. Usted es nadie. Usted no es el amo, no Señor. (*) Usted no me toque, ni me detenga, porque las manos me hormiguean, y se va à armar un trisque pedrisque, y una san-francia de mil diablos. No escandalicemos, y viva usted hasta que la horca ò el presidio reclamen lo que es suyo muchos años hace.

ESCENA IX.

Don Luciano y Doña Tadea.

Doña Tadea. Don Luciano, amigo, yo vengo muerta. Mi casa está profanada por unos infames, y todo su respeto insultado por unos viles. Don Pablo y el hipócrita de nuestro Médico han penetrado hasta la habitacion de Abelina. Yo he procurado contenerlos y reprender su osadía; pero en vano. Me han llenado de mil discursos y filosofías; pero advirtiéndome constante en retener à mi hija, han empleado la amenaza de las leyes. Qué

(*) *Queriendo detenerlo Don Luciano.*

haremos?... Es preciso castigar estos infames. Ah! ellos triunfan, se la llevarán, la arrebatarán... Indignos!

D. Luciano. O Doña Tadea! Pues qué ¿todo mi honor y probidad no han andado por esos suelos en boca de un infame sirviente?

Doña Tadea. Cómo? à usted tambien?

D. Luciano. En vano he procurado defender los indisputables derechos de mi amiga, y el sagrado de esta casa. Brivon! si no se marcha, le hago una cecina.

ESCENA X.

Un Escribano y dichos.

Escribano. Señora, yo vengo à hacer à usted sabedora del pago de costas, y demás gastos ocurridos en el pleyto que se ha sentenciado en favor del Señor Marquès de Montayre.

Doña Tadea. Válgame Dios! todo parece que me persigue y se conjura à un tiempo. (*) Y ¿no podria usted esperar algunos dias?

Escribano. Son de pronta è irremisible exâccion. He cumplido con los deberes de mi urbanidad. Este es un aviso político. Despues vendré à hacer à usted la notifica-

(*) *Aparte.*

cion en forma, y será indispensable un embargo, si no se apronta el dinero.

ESCENA XI.

Don Luciano y Doña Tadea.

Doña Tadea. Qué es esto, amigo? ya tenia yo previsto este golpe fatal. Es preciso que usted se acredite mi amigo con su actividad y favor. Veré si consigo algun tiempo para ese pago, y si puedo desalojar à esos enemigos de mi tranquilidad.

D. Luciano. Esa representacion debe hacerse à los tribunales; por lo demás, amiga, conoce usted mi insuficiencia... tengo buen corazon...

Doña Tadea. Yo necesito una alma como la de usted, tan activa y tan... Los tribunales entregarán à mi hija à su marido en este lance... Ya ve usted como estoy sin vigor... Yo me enciendo, me altero, me abato, y nada consigo; pero acudamos à uno de los dos extremos: tráygase usted esa suma, ya ve usted el ahogo; y si acaso algun amigo de usted quisiera...

D. Luciano. Ya, ya entiendo... está muy bien... me hago el cargo.

Doña Tadea. Yo voy à combatir con esos iniquos.

D. Luciano. Ya se lo decia yo à usted, ami-

ga mia... Si es pieza el tal Don Pablo!... pues el Doctor y el Criado... Picarones! Amiga, es preciso à tan grande mal aplicar un cáustico terrible.

Doña Tadea. Si no hay arbitrio... si tienen tomados todos los portillos. Vamos à dentro, y veremos antes que usted parta à buscar esos dineros, si hallamos algun medio...

D. Luciano. Eso sí, discurriremos... por lo demás, es un asunto muy grave... En fin vamos à ver si podemos hacer algo. (*) Entretanto mis medallas están en seguro puesto defendidas de los vientos, y sin riesgo de un naufragio.

(*) *Aparte.*

ACTO TERCERO.

El teatro lo mismo que en el Acto antecedente.

ESCENA PRIMERA.

Don Pablo, el Doctor Bustos y Don Camilo.

D. Pablo. Sosiégate, tranquilízate. Yo desprecio esos insultos. Yo no puedo acordarme sino de la felicidad de mi amado Camilo.

D. Camilo. ¿Y ustedes compran la paz de mi

corazon, sacrificándose al temerario furor de una malvada? Esos infames ignoran lo que puede la virtud por sí sola; y mas si la sostiene un brazo fuerte.

Doctor. Esas ligeras nieblas se disipan con las ideas del pronto reposo de tu corazon.

D.Pablo. Hoy debe tu alma echar los cimientos à una felicidad inalterable. La tristeza, el arrepentimiento, la amargura y las angustias que sufre el corazon de tu bella esposa, te presentarán una hermosura lánguida, desfigurada en sus facciones, distinta de aquella que anunciaba con un ayre sereno en su hermoso rostro la paz de un virtuoso corazon.

Doctor. Ella ya juzga que no existes, y yo opino que esta funesta sugestion ha sido inventada por la venganza ò el interés. En su alma está muy exâltada esta manía; y su alegría, al verte entre sus brazos, no dudo que será igual à la fúnebre idea que la combate; pero es preciso que usemos de la oportuna precaucion, para no exponer su dilatada naturaleza à qualquiera accidente que podria sobrevenir en una comocion imprevista.

D.Pablo. Tú no estás tranquilo. Yo estoy leyendo en tu semblante un sentimiento extraño. ¿Qué nuevos temores, qué inquietudes ocupan el corazon de mi tierno amigo?... Estos lugares deben de ser para

tí muy dulces. Aquí el candor y las gracias abrieron tu corazon à tu primero amor, y aquí la inocencia y la niñez enlazaron dos almas puras para siempre.

D.Camilo. Mi amor y una dulce amistad me atraen blandamente hasta los brazos de una tierna esposa... Infeliz!... Estos lugares que un tiempo vieron encenderse en nuestro pecho una benigna llama, han sido el bárbaro teatro de la opresion y el dolor... Ah! esos débiles restos del antiguo luxo que adornaba estas estancias, anuncian el trastorno que han sufrido el orgullo y la virtud misma.

Doctor. Calla, amigo, calla; Abelina llega.

D.Pablo. Bondad eterna, escucha mi ferviente súplica.

D.Camilo. Ah! ella es... desdichada! gran Dios! Su lánguido ademan... su rostro pálido. (*) Oh! llega, llega à mis brazos.

Doctor. Detente, detente, no te precipites: es preciso prevenirla; ocúltate; retírate; aun no es tiempo. Ella llega. (**)

(*) *Con extremada pasion, y dirigiéndose al sitio por donde ha de salir Abelina. El Doctor lo detiene, y lo conduce al lado derecho de la Escena, donde no pueda ser visto de Abelina.* (**) *Abelina apoyada en los hombros de Paulina y Lorenzo.*

ESCENA II.

Abelina, Lorenzo, Paulina y dichos.

Abelina. ¿Dónde podreis conducirme, amigos, sin que el clamor de mi conciencia dexe de venir conmigo? Ah! mi sueño y mi vigilia siempre estarán acompañados de la fúnebre imágen de un esposo...

D.Pablo. Mi querida niña, huyan, huyan de la imaginacion de usted esos fantasmas, creados por la intriga, ò el bárbaro interés... Ah! él vive; no lo dude usted: él respira, y éstas, amada Abelina, son las dulces horas de la concordia. Sí; él vuelve à buscar los amorosos brazos de sú tierna esposa; y estos felices momentos no están lexos de nosotros.

D.Camilo. Ah! desgraciada. Yo corro à desengañarla. (*apart.*)

Abelina. Ustedes son muy piadosos. Ustedes juzgan consolar mi afliccion con muertas esperanzas... Yo no estoy loca, no... pero yo veo un funesto espectro que me persigue en todas partes... Ah! mi corazon ama esa horrible vision... Mi madre y D. Luciano me lo han dicho... Crueles!... si no fuera cierto... Oh! ellos se negarian, ellos me ocultarian una próspera nueva; pero una terrible, una espantosa... no, no. En vano se esfuerzan ustedes para enviar à mi afligido corazon un

rayo de consuelo... Ah! ya no existe...

D.Camilo. O crueles! (*apart.*)

D.Pablo. Si usted lo viese llegar con un semblante de amor, cubierto su apacible rostro de lágrimas, y extendiendo hácia usted sus cariñosos brazos... ¿no caeria ese fúnebre velo de la ilusion, y adoraria usted su tierno desengaño?

Abelina Funesto recuerdo! Muertos amores!... Quánto aman ustedes à una desdichada! Ya, ya huyeron del universo esos felices dias; y las horas de horror, de remordimiento y llanto me acompañarán en el corazon para siempre. (*) Ah! mis lágrimas encendidas darán à sus cenizas un eterno tributo de amor y de arrepentimiento. Ya no le veré jamás. (**)

D.Camilo. Oh! sí, dulce amada mia; y estos brazos...

Abelina. Ay! cielos!... él es... su sombra... Dios mio! clemencia.

(*) *Con la mayor afliccion.* (**) *Camilo sale con precipitacion, se dirige con los brazos abiertos hácia Abelina. Esta se asusta, juzgándole su sombra; corre con el mayor espanto por el teatro, y entra cubriéndose el rostro con ambas manos por la puerta de su habitacion, manifestando su terror. Paulina la sigue.*

ESCENA III.

Don Pablo, Don Camilo, Lorenzo y el Doctor Bustos.

D.Pablo. O amargos frutos de una crueldad!

D.Camilo. O infames! temblad. Mi brazo va à armarse, y este dia ha de ser el de la venganza de una virtud oprimida por seis años. (*)

D.Pablo. Detente; à dónde vas? Esos ímpetus, esos arrebatos, esa indiscrecion te precipitan, y nos privan de una feliz oportunidad que nos presentaba el cielo.

Doctor. Venga usted, amigo mio. Su delirio quizá no será de mucha duracion. Su imaginacion está muy desconcertada. Es preciso que empleémos todos los medios mas eficaces para disuadirla. No desperdiciemos...

Doctor. (**) Quédate, quédate, no nos sigas; retírate; sus ojos no pueden verte aun. Su alma, su corazon, sus sentidos están en terrible lucha. La inquietud misma de tu espíritu te retarda una felicidad que tanto anhelas.

(*) *Como dirigiéndose precipitadamente adentro, y Don Pablo le detiene.*

(**) *Don Camilo quiere seguirlos, y el Doctor lo detiene.*

ESCENA IV.

Don Camilo y Lorenzo.

D.Camilo. O bárbara crueldad! Ay Lorenzo!

Lorenzo. Consuélese usted, mi amado Señor; aun no es tarde. Este será el dia mas venturoso para el corazon de usted. No, no haya mas afliccion; ya basta de padecer.

D.Camilo. Su hermoso semblante, sus agraciadas facciones... ò Dios! están desfiguradas por el dolor. La naturaleza y la razon perdieron su influxo sobre los humanos... No hay amor maternal, no hay amistad. Don Luciano, ese hombre simulado y perverso ha sido un bárbaro ministro de crueldad. Tardío conocimiento!

Lorenzo. Gracias al Señor. Esa sola palabra vale para mi alma mas que todas las riquezas del mundo. Ella sola justifica el corazon de Lorenzo. No, yo no me equivoco; yo no murmuro de nadie, ni soy calumniador, ni mentiroso. No hace muchas horas que si ese brivon se emperra en no dexarme entrar como queria, se arma una zambra de mil diablos; pero él viene aquí con Doña Tadea.

D.Camilo. Yo los espero. Indignos!

Lorenzo. No, Señorito: por Dios; no se precipite usted. Y qué ha de sacar usted al fin? Retirémonos detrás de la mam-

para, y podremos oir lo que hablan. Vamos. (*)

ESCENA V.

Don Luciano y Doña Tadea. Dichos aparte.

Doña Tadea. En fin ya voy conociendo à usted. Despues de haberme precipitado, despues de haberme sugerido mil necias ilusiones para libertarme de estos malvados, rehusa usted el presentarse delante de ellos à defender los respetos de mi casa. Usted no es buen amigo, no; ya, ya me recelaba yo...

D. Luciano. O Señor! El asunto es de tanto peso... yo me complicaria en esta desunion... mi honor ya ha empezado à padecer... y entonces la idea de mi virtud... mi reputacion... Esos hombres son demasiado violentos...

Doña Tadea. Cómo, cómo? Qué lenguage es ese! Pues qué ¿usted no ha sido el proyectista de la venta de los bienes de la muchacha? ¿Usted no se ofreció à manejar el asunto en los tribunales? ¿Usted no fomentó su locura, y hasta ahora no ha puesto usted toda su manía en inventar los modos de retenerla y separarla de ese necio marido? Qué ¿usted piensa que yo

---

(*) *Se retiran à la derecha.*

no conozco que la muchacha no le parece à usted ningun haz de paja? Y ¿ahora viene usted besando la tierra, y haciendo la gata mansa? Usted quiere dexarme en mi mayor apuro... Sí, yo lo alcanzo à usted, aunque corre mucho. Qué ingratitud! despues que ha disfrutado usted mi casa; que le he prodigado mil favores...

D.Luciano. Yo he servido à usted, mientras no se arriesgaba mi honor y mi reputacion... Soy muy zeloso de buen concepto. Al cabo este es el patrimonio del hombre. Usted sabe lo que yo me sacrifico por arrimar el brasero de los perfumes à las narices de los necios... las exterioridades de que es preciso valerse; pero ahora...

Doña Tadea. Ahora no tiene usted necesidades ni apreturas.

D.Camil. Almas viles! yo voy à sorprenderlos.

Lorenzo. No por Dios, conténgase usted, que es mucho gusto el ver una riña entre dos malvados.

Doña Tadea. Hablemos mas claro: usted no está tan humilde y servicial como antes... como tiene usted dinero... Si... ya veo que hace usted el remolon por no traerlo... quiere usted dar largas... pero hasta ahí podíamos llegar... Ese dinero es mio; lo necesito mas que nunca; y no venga usted con zancadillas.

D.Luciano. Señora... Oh! eso del dinero debe ser siempre para mí un problema; y hasta que se resuelva... Ya ve usted mis trabajos, mis disertaciones... mis sublimes rasgos... todo, todo son cosas de alto aprecio...

Doña Tadea. Cómo qué? Usted se lo estafó à Camilo en nombre de Abelina, y à mí me toca por madre. Pues no alegaba usted malos derechos.

D.Luciano. Yo no me niego à entregarlo... no quiero nada de nadie... tengo conciencia... soy hombre de bien... pero decia, que nuestro derecho estaba muy obscuro... algo metafísico... bastante intrincado. Usted está acalorada con esos malditos agentes del patético marido... No es verdad? Pues yo he hallado un medio muy fácil para librarnos de estos perversos emisarios.

Doña Tadea. Muy bien... Oh! si eso se lograra... si yo viese la esperanza de mortificar à mi despreciador... entonces bien podia usted... Y quál es?

D.Camilo. Esperad, partos del infierno y de la maldad. (*)

D.Luciano. Parece que se oye gente. Quién podrá ser? (**)

(*) *Queriendo salir à la Escena, y Lorenzo deteniéndolo.* (**) *Con sobresalto.*

Lorenzo. (*) Quien quiere enviar à usted à cenar con los diablos. Lorenzo se lo suplica à usted... ay! Por Dios, Señor, que nos perdemos.

D.Camilo. Ya llegó vuestro suplicio, malvados.

Doña Tadea. No hay quien nos socorra. (**) Ola, Francisco, Paulina, vecinos.

D.Luciano. Llame usted todo el barrio... urge el peligro. (**) Ola, muchachos, muchachas... mugeres... vecinos... criados, que nos asesinan, que nos matan!

Lorenzo. No chille usted, que no será cosa de cuidado. Señorito, por Dios.

ESCENA VI.

Don Pablo, el Doctor Bustos y dichos.

D.Pablo. Qué es esto? Dónde te arrastra ese bárbaro furor? Arroja ese horrible instrumento... (**) Qué ha ocurrido?... qué novedad es esta?

D.Camilo. Yo iba à hacer un presente à los virtuosos. Este hombre iniquo ha sabido

---

(*) *Saliendo à la Escena, y deteniendo à Don Camilo. Don Luciano y Doña Tadea huyen aturdidos por el teatro, à la vista de un puñal, que llevará Don Camilo.*

(**) *Quitándole el puñal.*

sorprender mi corazon, robar mi casa, y acrecentar los males y la discordia en dos familias... Indigno! Usted rival mio! Enemigo de mi honor!... Ah! por qué no lo despedazo?... Yo no extraño, Señora, que la iniquidad extendiese tanto su maligna fuerza à la sombra de la hipocresía. Es preciso entregar ese hombre à los Tribunales, hacer este obsequio à la sociedad, y escarmentar los perversos y simulados.

D. Luciano. Yo, Señores...

Lorenzo. Ya se acabaron, Señor mio, las plegarias y engañifas. ¿Con que usted sabe estafar, robar, mentir, engañar, y hacerse virtuoso y cristianazo à un tiempo? No le faltan à usted hermanos... Dónde está el dinero de mi amo? Quiere usted que lo ate?

D. Pablo. No, Lorenzo; hay autoridades sobre la tierra, y en el alma crueles remordimientos para atormentarlo.

Lorenzo. Pero à lo menos tendré cuidado que no se nos escurra.

Doctor. Eso sí, bien me parece.

Doña Tadea. Y ustedes ¿por quién están autorizados para insultar los respetos de esta casa? ¿Con qué derecho me arrebatan ustedes una tierna hija?...

D. Camilo. Busco à mi esposa. Soy marido.

Doña Tadea. Yo soy madre; y si acaso...

D.Pablo. Señora, hágame usted el honor de escucharme, y tranquilícese usted. La discordia y el capricho han dividido dos virtuosos corazones que el cielo destinó à la felicidad y al amor. Camilo despues de mil pesares, vilipendios, y largas horas de amargura y llanto, se determina à restaurar una hermosa dádiva, que à él solo le fue entregada por la religion al pie de los altares.

Doña Tadea. Yo no me opongo, no; pero ella misma...

D.Pablo. Omito el recordar las malignas tramas, de que se han valido la venganza ò el interés para sorprender à la inocencia. Yo no creo que usted se oponga à una generosa reconciliacion; porque además de haber leyes terribles entre los hombres, hay venganzas espantosas de un Dios, en esa Mente inmortal que mira nuestros corazones, y que empuña la espada del terror contra los perversos que rompieren los lazos de naturaleza... Pero, Señora, dexemos este tono de autoridad, y hablemos un lenguage mas dulce. (*) Nuestros hijos son el dulce regalo de un puro amor, y de un Dios que

---

(*) *Con viveza y sensibilidad, aumentando el calor à la expresion.*

nos bendice con ellos. Yo me persuado, que el grito de su afliccion y su desventura tiene mas eloqüencia en nuestro corazon que las quimeras que aborta el débil furor de unas pasiones tan baxas como groseras... Y qué ¿podria usted mirar por mas tiempo à su tierna è inocente hija, jóven, bella, virtuosa, abrumada baxo el peso de un remordimiento, pálida, cadavérica, herida del dolor... ah! (*)

Doctor. O Dios! Camilo, ella se enternece. (**)

D. Pablo. No, yo no podré jamás pensar que esta bella y desgraciada víctima lisongée el corazon de una madre... De una madre? Qué nombre tan lleno de amor y de dulzura!... (***) Pero usted llora, usted se enternece!... Naturaleza, ah! este es tu triunfo. (****) Lágrimas dulces! lágrimas benéficas! llanto eloqüente! (*****) No, no Señora, no lo per-

---

(*) *Doña Tadea se comueve à la descripcion de su hija, y se enternece, graduando bien este efecto.* (**) *Aparte à Don Camilo.* (***) *Con llanto.*

(****) *Don Pablo enternecido, el Doctor y los demás manifestando comocion.*

(*****) *Doña Tadea quiere echarse à sus pies, y Don Pablo la detiene.*

mitiré jamás... Basta, basta. No, no se humille usted tanto.

Doña Tadea. Hija mia! hija mia de mis entrañas! hija infeliz de una criminal!

D. Pablo. Derrame usted en el seno de un hombre sensible ese llanto bienhechor; no mas, Señora, no mas.

ESCENA VII.

Un Escribano, Ministros y dichos.

Escribano. Dios guarde à ustedes. Señora, por providencia solicitada en pedimento presentado ante mí por el Señor Marqués de Montayre, se manda proceder al embargo de su casa, muebles y frutos.

Doña Tadea. ¿Y no podria diferirse por unos dias! O qué tribulacion!

Escribano. No puede ser; crea usted que en estos casos me es sensible el tener que cumplir con mi obligacion.

D. Camilo. Señor Secretario, yo suplico à usted que se detenga un instante. A ver esos papeles. (*)

Doña Tadea. Qué confusion! qué vergüenza! (**)

Lorenzo. Ya estoy cansado de cuidar à us-

(*) *Don Camilo mira los papeles.*

(**) *Aparte.*

ted. Bien podian hacer ustedes de una via dos mandados.

Escribano. Qué ha ocurrido, Señores? qué es esto?

Doctor. En pocas palabras. El Señor es uno de los muchos hipócritas, que al abrigo de una virtud aparente huelgan, estafan y se entrometen en todas partes. Se le han descubierto algunos atentados de esta clase, de que se han seguido gravísimos perjuicios. Es preciso que las autoridades libren à las familias y al sosiego de la humanidad de esta clase de malvados, y que la sociedad se sacuda de esta peste ruinosa.

Escriban. Cumplan ustedes con su deber. (*) Detengan ustedes ese hombre. Se dará cuenta al Juez, y si su Señoría halla mérito suficiente, se conducirá à la cárcel, y se dará principio à la formacion de autos.

D. Camilo. (**) Quedo instruido. Usted me conoce?

Escribano. Sí Señor. Usted es el Señor Don Camilo de Atienza, y estoy muy enterado del mérito que à usted adorna.

(*) *A los Ministros.* (**) *Don Camilo habrá estado leyendo los papeles hasta ahora.*

D.Camilo. Yo le doy à usted mil gracias... Dentro de una hora...

Doña Tadea. Ah! no lo podré consentir. Tú vas à herir mi ingrato corazon.

D.Camilo. Señora, qué dice usted? Son cosas infinitamente distintas la humanidad y nuestras disputas.

Lorenzo. Ah! qué virtuoso!

Doctor. Qué alma tan bella!

D.Pablo. O hijo mio! Quánto placer envías à mi corazon!

Escribano. Este asunto está concluido. Estén ustedes à la mira con ese hombre, que yo voy à dar cuenta, y vuelvo inmediatamente. (*)

D. Pablo. Camilo, ¿querrás creer que la suerte de ese miserable excita mi compasion?... Atiende à las resultas, y mira que tu suegra... Van à nacer unos males quizá mas funestos.

D.Camilo. Tiene usted razon. Señor Secretario, yo suplico à usted que se detenga.

Escribano. Pues quién es este desgraciado?

D.Luciano. Yo, Señor? Mi padre fue tambien del oficio; mi abuelo fue un acreditado agente de negocios. Yo estudié al-

---

(*) *Habla con los Ministros, y al tiempo de marcharse, se detiene al hablarle Don Camilo.*

guna cosilla, y estuve por entrar en un claustro: pero lo dexé, porque decian que tenia mucho talento para Abogado. Despues murió mi padre, yo heredé unos cortos bienes, y han sido precisos mil arbitrios para sostenerme. Por lo demás, soy recogido... buen cristiano, muy quieto...

D.Camilo. Usted es un infame, un hipócrita, un malvado.

D.Luciano. No, no se altere usted por Dios. Doña Tadea me movia, me incitaba, yo soy dócil...

Doña Tadea. Cómo? Pues usted?...

D.Pablo. Deténgase usted, Señora. Espero que antes que venga la noche, llevará usted ese oro que indignamente ha sonsacado à la casa del Señor. Mude usted de conducta, y dediquese à un exercicio útil. No busque usted un pan sellado con la ignominia. Tema usted la paciencia del cielo, y el sufrimiento de los hombres. Por ahora tiene usted en su conciencia un juez incorruptible que lo martirice y reconvenga.

Escribano. Dónde vive usted?

D.Luciano. En la calle del Pájaro, Señor.

Lorenzo. No hay que temer: yo sé su casa; pero mejor seria que usted no lo dexara hasta que entregara esos doblones.

Doctor. Sí, mejor será; porque si no...

Escribano. Con efecto, vámonos.

D. Luciano. A Dios, Señores. Ustedes perdonen; somos un barro tan quebradizo...

D. Pablo. Vaya, vaya usted con Dios. (*)

Lorenzo. Qué mónita tiene el maldito!

D. Pablo. No nos detengamos mas; Doctor, volvamos à nuestra Abelina. El cielo nos favorece con el acaso que nos ha distraido.

Doña Tadea. Ay! yo misma!...

Doctor. No, no Señora, no conviene. Ustedes quédense aquí.

D Pablo. Adelantémonos nosotros, amigo mio. Procura (**) que no te vea hasta que mi señal te sirva de aviso.

ESCENA VIII.

Doña Tadea, Don Camilo y Lorenzo.

Doña Tadea. Ah Camilo! mi corazon sufre en este instante toda la confusion que acompaña al criminal à la vista del bueno. O Dios! A quién ultrajé!

D. Camilo. A la naturaleza y à la razon... à una hija y à un esposo... à un hombre... pero Señora cubramos de eterna tiniebla nuestra desventura.

(*) *Se van Don Luciano, el Escribano y Ministros.* (**) *A Don Camilo.*

Lorenzo. Pobrecilla! ¿Quién querrá creer que me da lástima? Pero Señor... ay! por Dios escóndase usted... Don Pablo... la Señorita.

D. Camilo. Ella! Dios favorece mi afligido corazon.

ESCENA ULTIMA.

(*) *Abelina, Don Pablo, el Doctor Bustos, Don Camilo, Lorenzo y Paulina.*

Abelina. Ah! no... Y será posible? Ustedes son tan benignos... tan virtuosos... Mísera! yo hubiera fallecido, si no me hubiese apoyado la generosa piedad de ustedes. Hombres sensibles y buenos, ¿con qué mi agradable corazon satisfará tanto amor, tanta clemencia? Ah! yo no tengo mas que gratitud... y lágrimas.

D. Pablo. Hermosa y sensible criatura, nada hemos hecho, nada... Solo ansiamos que usted destierre de su alma esa funesta quimera.

Doctor. Cesen, cesen tan negras ilusiones.

D. Pablo. ¡Qué dia tan felice se presenta á mis ojos!

Lorenzo. Oh! no hace muchas horas, que

(*) *Abelina sale apoyada en los hombros de Lorenzo y Paulina.*

yo he visto á mi Señorito afligido, inconsolable, llorando como una criatura sobre esa triste aprehension que à usted la combate.

Abelina. Mi querida Paulina, y podrá ser cierto?

Paulina. ¿Y usted se persuade que unas almas tan buenas podrian engañar à usted?

Abelina. Ah! si esto no fuera así,... D. Luciano y madre...

Doña Tadea. Funesto recuerdo à una despiadada! Hija mia, hija, yo te he precipitado al abismo del dolor; yo he llenado tu imaginacion de terrores y tormento. Ah! y podrás perdonarme? (*)

Abelina. Y usted llora, madre mia? Ella llora, Paulina. Parece que un rayo de nueva luz ilustra mi corazon... Ah! yo creo que no es incierto.

D. Pablo. No es incierto, no, mi amada Abelina. Hoy la paz de dos respetables familias, la dulce y eterna alianza de Abelina y Camilo llenarán estos hogares de amores, de placer y de virtud... Ya, ya han llegado estos instantes; estos son, estos.

Abelina. Estos (**) son, estos... Y él vive?

(*) *Llorando.* (**) *Con alegría, pero repitiendo maquinalmente*: estos son, &c.

El vive!... Albricias, corazon. Paulina, yo lo conozco... quiere perdonarme... me perdona. Yo voy à llorar sobre su mano bienhechora, sobre una mano que me dió el Dios del universo. Voy à besarla, voy à bañar sus pies con mis lágrimas, voy... (*)

D. Camilo. Oh! no, mi tierna amada, entre mis brazos para siempre...

Abelina. Camilo!... Dios! para siempre!

D. Camilo. (**) He aquí la obra de usted, generoso amigo.

D. Pablo. O providencia! quán inescrutables son vuestros caminos!

F I N.

(*) *Al tiempo de irse Abelina, sale Don Camilo y la abraza tiernamente.*

(**) *Camilo, sin desprenderse de Abelina, abraza con el brazo izquierdo à Don Pablo. Todos los demás Actores manifestarán su sensibilidad con veemencia, y cae el telon.*